

## La Familia Real

### Recepción del Rey en el Campo del Moro

Madrid. L. G.

Entre dos y tres mil invitados acudieron a la tradicional recepción que Su Majestad el Rey ofreció, en el madrileño Campo del Moro del Palacio Real, con motivo de su onomástica. Don Juan Carlos, Doña Sofía y las Infantas Elena y Cristina recibieron, primero, el saludo y la felicitación del Gobierno; después, el de los presidentes del Congreso y del Senado, del Tribunal Constitucional, fiscal del Estado, Junta de Jefes de Estado Mayor y miembros de la Familia Real.

Entre las ausencias sólo son reseñables las del vicepresidente del Gobierno, Alfonso Guerra; la del líder de la oposición y presidente de AP, Manuel Fraga, y la del ex presidente del Gobierno Adolfo Suárez. El vicepresidente, comentaba con ironía semiclandestina un alto funcionario, se quedó «cuidando la Moncloa». Fraga, por el contrario, estaba lejos, en Londres, con Oscar Alzaga, en la reunión de la Internacional Conservadora.

Uno a uno cumplimentaron al Rey —que vestía uniforme de gala de capitán general— los invitados, entre ellos, representantes de la grandeza y nobleza españolas, Orden de San Fernando, Reales Academias, Cuerpo Diplomático, Mesas, Juntas de Portavoces y presidentes de las Comisiones de las Cámaras parlamentarias, representantes de los Gobiernos y Parlamentos autónomos, dirigentes de los partidos políticos, alcalde de Madrid, personal de la Casa de Su Majestad y de la del Conde de Barcelona.

Al menos durante dos horas, la concordia nacional entre rivales de la política, la economía, el arte... ha dejado paso, como es también tradicional, a la armonía, la comprensión y el diálogo, al amparo del afán común de felicitar y estar con el Rey Don Juan Carlos, que ha hecho posible la transición a la democracia y garantizado la convivencia libre en una España plural.

Los ministros, los hombres de empresa, las gentes del arte... Todos, en animados corros, han comentado la marcha de los asuntos de actualidad, con obligada referencia al viaje del presidente del Gobierno a los Estados Unidos, al del Papa a su Polonia natal o, sólo los más «puestos» o mejor informados, a los documentos de los obispos sobre la LODE.

En los paseos de los jardines había muchas caras nuevas, llegadas a estos menesteres de la mano del primer Gobierno socialista, que no podían disimular su bisoñez. Algunos presidentes de Comunidades autónomas eran absolutamente ignorados por la concurrencia y otros deambulaban como sonámbulos. El propio presidente de la Generalidad tuvo que escuchar dos veces el nombre del académico Joaquín Calvo-Sotelo para poder reconocerle.

Algunos miembros del Gobierno, poco familiarizados con el protocolo, se mostraron poco relajados, en contraste con la soltura y desparpajo de Felipe González y de algunos ministros, como Carlos Solchaga.

Los Reyes y las Infantas Elena y Cristina llegaron al Campo del Moro, a las ocho y media de la tarde, a los acordes del himno nacional. Después, las salvas en honor del Rey dejaron paso a la interpretación de música a cargo de la Banda de la Guardia Real.

Por la mañana, como un día cualquiera, Don Juan Carlos atendió los despachos habituales en el Palacio de la Zarzuela y asistió con la Familia Real a una misa privada.

(Págs. 93-94 y 95)

## Sólo esperanzas en el balance económico del viaje de Felipe González

Se ha mostrado como un claro aliado occidental

Nueva York. José María Carrascal

Para saber si la visita de Felipe González a Estados Unidos ha sido o no un éxito, habría que saber antes cuáles eran sus exactos objetivos, y eso no lo sabemos. Pero es norma que los gobernantes se propongan en estos encuentros dos objetivos: uno mínimo y otro máximo. El primero, en este caso, sería establecer una relación operativa con la Administración Reagan. El segundo, obtener de ella el apoyo, respaldo y medios para resolver los problemas que España tiene en diversos campos, desde el económico al gibraltareño. Lo que sí parece claro, con la visita ya pasada, es que su objetivo no era Centroamérica.

Felipe González no venía a planear, y mucho menos a criticar, la política de Reagan en esa crisis. Iba a tratar ésta como un tema más en la problemática internacional, con repercusiones afectivas para nosotros, pero en modo alguno como un factor determinante en la política española. Entonces, ¿a qué ese viaje de Felipe González a aquella zona en vísperas de éste, y a qué sus críticas a la política de Reagan durante el mismo? Como es inimaginable que se tratara de un despiste o un error —al revés, todo da la impresión de algo perfectamente calculado—, no hay más remedio que pensar que de esas críticas en Centroamérica, matizadas en Washington, tuvieron la misión de cubrir la aproximación Madrid-Washington que acaba de producirse. En otras palabras: de ser una coartada. Felipe González se esforzó en subrayar el acuerdo con los norteamericanos, pero no la unanimidad con ellos. La amistad con Reagan, pero no la intimidad. Centroamérica le ofrecía el ejemplo.

Volviendo a los objetivos buscados: ¿se consiguieron? El primero, plenamente. La Administración Reagan y el Gobierno socialista español han demostrado no sólo que pueden, sino que están deseosos de colaborar. El segundo, en cambio, quedó en el alero. Que esa colaboración se traduzca en resultados concretos y ayuda a España a resolver sus problemas económicos, su contencioso con el Mercado Común y su pleito con Inglaterra, sólo el tiempo nos lo dirá.

### Imagen positiva

La impresión que personalmente causó fue positiva: un hombre joven, simpático, atractivo, moderado, flexible, pragmático. Desde luego, no un cruzado de la causa socialista y el que en el Club de Prensa de la capital llegase a preguntársele, «¿no teme usted un triunfo de la izquierda en El Salvador?», bastaba para describir la imagen que proyectó (Felipe González tuvo que iniciar su respuesta recordando «soy un hombre de izquierdas»). En cualquier caso, esta imagen de moderación no puede dañar a nadie, excepto si la moderación se convierte en blandura de carácter o duplicidad ideológica, cosas de las que, al menos de momento, no se acusa aquí al líder socialista español.

Respecto a la segunda cuestión, a los beneficios concretos que la colaboración hispano-norteamericana puedan salir de esta visita, hay que analizar los distintos campos:

• Primero, la entrada de España en el Mercado Común. Los norteamericanos pueden hacer poco en ello y actuar sólo indirectamente. Pero necesitamos toda clase de ayuda en Bruselas, y si la voz de Reagan dentro de la Alianza sigue creciendo, lo que pueda decir al respecto a los líderes europeos no puede dañarnos. Al revés.

• Segundo, Gibraltar. No hay duda de que Madrid quisiera que Washington presionara sobre Londres al respecto, pero no se atreve a decirselo directamente por saber que es imposible. Washington prefiere mantenerse neutral entre los dos amigos y se limita a aconsejarles que dialoguen y lleguen a una solución amistosa. Se le ha dicho, sin embargo, que la

experiencia demuestra que el simple diálogo no conduce a nada y que va a ser muy difícil que el pueblo español desee seguir en la OTAN si parte de su territorio sigue mandado por un almirante británico.

• Y tercero, las relaciones económicas hispano-norteamericanas. Era el objetivo más importante del viaje. Por un lado, ver de estabilizar una balanza comercial que no es absolutamente desfavorable, por el otro, convencer a los inversores norteamericanos de que España sigue valiendo una buena inversión. Para lo segundo, Felipe González hizo, ante la Cámara de Comercio hispano-norteamericana, el mayor elogio a la economía de mercado que posiblemente se haya oído a un político socialista. Es muy probable que los banqueros y empresarios que le escuchaban quedasen convencidos de que nada deben de temer de su Gobierno. Lo que ya no sabemos es si les convenció de que las perspectivas económicas de España siguen siendo tan buenas como para hacer allí inversiones. El Gobierno socialista ha dicho lo que no hará —nacionalizaciones—, pero sobre lo que hará —reconversión industrial, reforma administrativa, etc.— es demasiado poco para garantizar una recuperación. Se necesitaría además un plan de estabilización, y a eso todavía no se ha atrevido.

En cuanto a lo que haya obtenido de la Administración Reagan en contrapartidas económicas, le ha dicho que las presentes tendencias que dificultan cada vez más nuestra penetración en este mercado no pueden continuar, y que es necesario llenar con hechos esa «colaboración industrial» prevista en el tratado. Lo malo es que aquí funciona un mercado libre donde el intervencionismo gubernamental es muy inferior al de otros países, y si España no ofrece productos competitivos, simplemente no se venden, por más que lo diga la Casa Blanca.

### OTAN, una advertencia

En el fondo, más que en la forma, la entera visita ha sido una advertencia. Nosotros somos aliados de confianza —es el mensaje que vino a transmitir Felipe González— y queremos que se nos trate como tales. Estamos contribuyendo al fortalecimiento del Oeste, y el Oeste tiene que contribuir a nuestro fortalecimiento. «Hay que estar a las duras y a las maduras», fue la frase más repetida por el presidente del Gobierno español durante su visita. Amor, con amor se paga. Y desamor, con desamor. Al fijar una fecha para el referéndum sobre la OTAN —finales del 84, principios del 85—, Felipe González daba también un plazo a los Estados Unidos, en particular, y al Oeste, en general, para probar que son auténticos aliados de España: no con palabras, sino con hechos. En otro caso, los españoles no ven beneficios «tangibles» en su pertenencia a la Alianza Atlántica, votarán seguramente contra ella. Es erróneo, pues, lo que se ha escrito que Felipe González ha venido a los Estados Unidos a comenzar la preparación de la permanencia de España en la OTAN. Más bien ha venido a advertir que si no se la ayuda, abandonará inexorablemente esa organización.